

Un café para recordar

La Ixtlilxóchitl

Introducción

En el siguiente texto presentaré las ideas, pensamientos y creencias de cada uno de los filósofos designados: Gabriel Marcel y Jean-Paul Sartre.

Gabriel Marcel (1889–1973) fue un filósofo, dramaturgo y literato francés. Principal representante del existencialismo cristiano.

Jean-Paul Sartre (1905–1980) fue un filósofo, escritor, novelista, dramaturgo y activista político francés. De igual manera, principal representante del existencialismo ateo.

Estructuré el diálogo de tal manera que fusione la Filosofía, la Literatura y la Estética.

El trabajo contiene datos reales y ficticios, con base en ellos creé la historia.

Desarrollo

8 de octubre de 1973.

La habitación se ahogaba en el humo que expedía la inseparable pipa de Jean-Paul Sartre. El monólogo que llevaba a cabo se tornó un tanto soso y decidió divertirse un poco. Tomó su abrigo y salió a caminar por las calles de París.

Mientras llegaba al lugar que investigó, pensó en el humano y su libertad para erigirse y crearse, pues al carecer de una naturaleza determinada tanto teológica, biológica o social, es libre. Ser libre significa ser humano, paradójicamente, ya que está condenado a la libertad. No hay excusas, debemos tomar decisiones.

¡Y así surge la angustia! Será el precio de la libertad, por la gran responsabilidad que carga el humano ante su existencia y la de los demás, incluyendo su futuro incierto.

Halló fácilmente la descuidada calle, se acercó a una puerta negra y tocó.

Gabriel Marcel estupefacto cerró su libro en el cual se moría un personaje. Escuchó una segunda llamada y se levantó para abrirle la puerta a su destino.

Reconoció de inmediato a la persona parada en su umbral. Lentes redondos, pipa *Bent Prince* y esos ojos invadidos por el estrabismo. Era Jean-Paul Sartre, que lo invitaba a la cafetería *De Flore*. Marcel aceptó extrañado por la sorpresiva visita de su fastidioso opositor ateo. Recordó su molestia con Sartre y el libro que éste último escribió *El existencialismo es un humanismo* en el cual afirmó que la filosofía de Marcel era cristiana, situación que éste negó, pues aseguraba que la suya era neo-socrática.

En su trayecto a la cafetería vislumbraron su majestuosa alma máter, la *Universidad de la Sorbona*.

Caminaban junto a los árboles desnudos, uno de ellos hizo recordarle a Sartre su árbol de *La Náusea*, cuando Gabriel Marcel habló por primera vez:

— Las hojas secas que pisamos de los árboles no existen si no se piensan como tales.

A lo que Sartre respondió categóricamente:

— No lo creo, la existencia precede a la esencia. Las hojas existen y después concebimos su esencia. La idea de hoja.

Llegaron. Una vez sentados ambos se percataron que una joven de unos 17 años los observaba curiosa, en sus manos sostenía un ejemplar de *Les Temps Moderns*; en ese número Sartre escribió sobre sus ideas de la ontología, el estudio del Ser.

— ¿Cómo le fue en la prisión? — Preguntó Marcel para romper la tensión que se forjaba.

— Nada mal, ahí comencé a escribir *El Ser y la Nada* y descubrí que hay dos regiones de seres. El ser-en-sí con esencia fija y *el ser-para-sí el cual debe constituir su identidad*¹ — Respondió Sartre. Éste a su vez, le preguntó cómo había vivido la guerra mundial, Marcel respondió que lo destinaron al área de la Cruz Roja.

— Me enteré que rechazó el premio Nobel de Literatura, ¿no es así? — Preguntó Marcel.

Sartre puso los ojos en blanco e hizo un gesto de aquiescencia, le disgustaba la fama. - Me negué a recibirlo por motivos políticos -contestó- En ese entonces yo era partidario del marxismo. Después me alejé de él porque negaba la libertad del ser humano.

— ¿Marxismo? — Exclamó con desagrado Marcel — Esa corriente no busca más que el triunfo propio.

Un mesero tomó su orden y minutos después les llevaron su humeante café. El diálogo fluía interesante.

— La existencia la formamos nosotros con la experiencia. Nuestra vida es efímera, debemos captarla en el instante para poder vivirla — continuó Marcel, que tenía la maravillosa peculiaridad de tomar en cuenta a la comunidad no sólo al individuo aislado.

¹ Cfr. Jean-Paul Sartre. *El Ser y la Nada*, pág. 592.

— Somos en función de nuestros actos. Empezamos siendo nada y luego nos construimos con ellos. — Completó Sartre quien estaba de acuerdo con él por primera vez.

De ahí viene que el existencialismo se piense como filosofía de la acción.

— El humano se hace acreedor de la libertad para su realización — agregó el estrábico - Pero, ¿sabe usted qué? La libertad es consecuencia del ateísmo. Los humanos siempre estamos deseando ser Dios, un ser-en-si-para-si, plenos de nuestra existencia, pero nunca lo lograremos porque al no existir Dios, somos libres de elegir nuestra efigie. No sólo somos como nos pensamos sino como nos queremos.

Había algo ahí, una espina punzante que mantenía a los dos alerta.

Finalmente Sartre se decidió a cuestionarlo.

— Si la filosofía que profesamos, colega, se encarga del humano ¿Por qué habla de un Dios? ¿Cómo entra Dios aquí?

— Escuche, el Ser encuentra su fundamento en la relación que tiene con el Ser Absoluto. Hay cuatro vías que llevan al humano a la realidad existente: el amor, la fidelidad encaminada a Dios, la esperanza y la disponibilidad- respondió con seguridad Marcel.

— Pero si lo real no reside en la conciencia sino en la existencia, en los hechos, entonces ¿Dónde está su Dios? Porque, usted, eso es lo que me da a entender.

La tensión recorrió el cuerpo de Marcel, su rostro se endureció y Sartre lo notó.

— ¿Se irrita porque le he quitado la prueba de su existencia? — Preguntó desafiante Sartre.

— Dios no se debe comprender mediante la razón o los sentidos, sino por la vía *espiritual*². Por la fe y no por la experiencia. Su incredulidad proviene de no prestar atención a una voz en su interior. Yo pienso que no es que Dios no existe sino que no quiere creer en él porque siente *odio, indignación o desprecio*³. Usted no puede asegurar que Dios no exista, debió realizar una exhaustiva investigación para confirmar tan magna afirmación, pero nuestra situación en el universo no nos permite siquiera imaginarla. — Rebatí el cristiano.

Sartre habló incómodo:

— Detecto su oposición a las verdades científicas, con las que no se podría corroborar la existencia de Dios. La ciencia requiere un registro de datos, entre ellos los sensibles, los cuales no pueden ser proporcionados por la fe. Ese, su Dios, no es más que otro de sus amigos imaginarios de la infancia.

Marcel palideció, las pupilas se le contrajeron y su semblante cayó, comenzó a sudar frío, se preguntó cómo era posible que Sartre supiera eso de él. Definitivamente, él era su verdugo y su mismo infierno. En eso concordaban.

Pagaron y se levantaron. La chica continuaba viéndolos, absorta por lo que había presenciado, sin duda esa tarde, ese café, jamás lo olvidaría.

Caminaban tranquila y vagamente por las orillas del río Sena. El cielo era gris, comenzó a lloviznar. Sartre discutía con Marcel lo absurdo que era la existencia del ser humano.

— ¿Sabe usted que el humano vive para morir? Es el destino de todos nosotros y debemos reflexionar sobre eso. Su vida no vale más que la mía, ninguna vida tiene valor ni sentido, el sentido se lo damos cada uno al vivirla.

² Cfr. Gabriel Marcel. *Ser y Tener*, pág. 85.

³ Cfr. Gabriel Marcel. *Incredulidad y fe*, pág. 157.

— La muerte es una liberación para el ser - Expresó Marcel.

El ateo estaba fastidiado, rompió con la formalidad de su habla y terminó la conversación:

— Alguna ocasión descubrirás que sí somos un ser para la muerte y el día que lo hagas sabrás que Dios no existe. Hasta nunca.

Sartre se alejó caminando.

Marcel regresaba a su casa pasmado. Pero en un momento de descuido cayó al agua. Sin duda alguna el sufrimiento y la angustia eran peores que la muerte. Minutos después su cuerpo salió a la superficie. Ahora era libre, según lo que creía.

Esa fue la verdadera muerte de Gabriel Marcel, existencialista cristiano.

Por otra parte, Sartre regresó a *De Flore* donde ya se encontraba Simone de Beauvoir. Cogió una silla, se sentó a su lado y así, perdiéndose en su ceguera, comenzó a filosofar sobre su café y el tipo que jugaba a ser mesero, mientras encendía su pipa, ahora inundando el aire del lugar.

Bibliografía

Chávez Calderón, Pedro, *Historia de las doctrinas filosóficas*, (4ta. Edición), Pearson, México, 2008

Gaarder, Jostein, *El mundo de Sofía*, Patria, México, 2011.

Marcel, Gabriel, *Incredulidad y Fe*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1971.

——— *Ser y tener*, Caparrós editores, Madrid, 1996.

Sartre, Jean Paul, *El muro*, Losada, Buenos Aires, 2007.

——— *El Ser y la Nada*, Aguilar, Madrid, 1982.

Simon Chu, Jeff Morgan, Louise Wardle. Episode 3: *The Road to Freedom* [video]: documentary. Celia Bargh. BBC. United Kingdom: Michael Poole, 1999. Stereophonic.